



RELACION DEL CONDE ALARCOS Y DE LA INFANTA.

Trata de como mató á su muger para
casarse con la Infanta.

COMPUESTA POR PEDRO RODRIGUEZ.

Retirada está la Infanta,
bien así como solia,

viviendo muy descontenta
de la vida que tenia.

viendo que se le pasaba
toda la flor de su vida,
y que el Rey no la casaba,
ni tal cuidado tenia.

Entre sí estaba pensando
á quien se descubriria:
acordó llamar al Rey,
como siempre hacer solia,
por decirle su secreto,
y la intencion que tenia.

Vino él, siendo llamado,
que no tardò su venida;
vídola estar apartada,
sola està, y sin compañía.

Su lindo rostro mostraba
ser mas triste que solia.

Conociera luego el Rey
el enojo que tenia.

¿Qué es aquesto, la mi Infanta?

¿Qué es aquesto, hija querida?

Contadme vuestros enojos,
no tengais melancolía,
que en sabiendo la verdad,
todo se remediaría.

Menester será, buen Rey,
remediar la vida mia,
que à vos quedé encomendada
de la madre que tenia,

Daràsme, buen Rey, marido
que mi edad lo requeria,
con vergüenza os lo demando,
no con gana que tenia,
que aquestos cuidados tales

á vos Rey pertenecian.

Escuchada su demanda,
el buen Rey le respondia:

Esa culpa, la mi Infanta,
vuestra era que no mia,

que ya fuéades casada
con el Príncipe de Hurgria:

no quisisteis escuchar
la embajada que vos venia,

pues acá en nuestras Còrtes
mal recaudo, hija, habia,

porque en todos estos reinos
vuestro par igual no habia,

si no era el Conde de Alarcos,
que hijos, y muger tenia.

Convidarle, vos el Rey,
al Conde Alarcos un dia,

y desque hayais comido,
decid e de parte mia,

decidle de que se acuerde
de la fé que de él tenia,

la cual él me prometiera,
que yo no se la pedia

de ser siempre mi marido,
yo que su muger sería.

Yo soy de eso muy contenta
y no me arrepentiria:

si casó con la Condesa,
que mirase lo que hacia,

que yo por él no casé
con el Príncipe de Hungria,

si la Condesa es burlada,
de ella es la culpa, no mia

Perdiera el Rey en oirlo
el sentido que tenia;
mas despues en sí tornando,
con enojo respondia.
No son esos los consejos,
que vuestra madre os decia,
mal mirásteis vos, la Infanta,
do era la honra mia:
si verdad es todo eso,
vuestra honra ya es perdida.
No podeis vos ser casada
siendo la Condesa viva,
si se hace el casamiento
por razon, ó por justicia,
en el decir de las gentes,
por mala sereis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
que el mio no bastaria,
que ya murió vuestra madre,
à quien consejos pedia.
Yo vos lo daré, buen Rey,
de este poco que tenia:
mate el Conde á la Condesa,
que ninguno lo sabria:
eche fama que ella es muerta
de un cierto mal que tenia,
y trátese el casamiento
como cosa no sabida,
de esta manera, buen Rey,
mi honra se guardaria.
De allí se sale el buen Rey,
no con placer que tenia,
sino va de pensamientos

con la nueva que trais.
Vido estar al Conde Alarcos
entre muchos que decia:
¿Qué aprovecha, caballeros,
amar, y servir amigas,
que son servicios perdidos
donde finezas no habia?
No puede por mí decirse
aquesto que yo decia,
que en tiempo que yo servi
á una que tanto valia,
si muy bien la quise entonces
ahora mas la queria;
mas por mí podrán decir:
Quien bien ama tarde olvida.
Estas palabras diciendo,
vido al buen Rey, que venia,
y para hablar con el Rey,
de entre todos se salia.
Díjole el buen Rey al Conde,
hablando con cortesía:
Convidaros quiero, Conde,
para mañana aquel dia
que querais comer conmigo,
por tenerme compañía.
Que se haga de buen grado
lo que su Alteza pedia,
beso tus Reales manos
por la buena cortesía
de tenerme aquí mañana,
aunque estaba de partida,
que la Condesa me espera,
segun la carta me envia.

Otro dia de mañana
el Rey de Misa salia,
y sentándose á comer,
no por gana que tenia,
sino por hablar al Conde
lo que él hablarle queria;
allí fueron bien servidos,
como al Rey pertenecia.
Despues que hubieron comido,
toda la gente salia,
quedóse el Rey con el Conde
sentados donde comian,
empezó á hablar el Rey
la embajada que traia.
Unas nuevas traigo, Conde,
que de ellas no me placia,
por las cuales yo me quejo
de vuestra descortesía,
prometisteis á la Infanta
lo que ella no vos pedia,
de siempre ser su marido,
y á ella, que le placia,
y si otras cosas pasásteis,
no entro en otra porfía,
que no se lo demandé,
ni se lo demandaria.
Otra cosa os digo, Conde,
demás de que os pesaria,
que mateis á la Condesa,
que cumple á la honra mia,
y echeis fama que ella es muerta
de cierto mal que tenia,
y trátese el casamiento

como cosa no sabida,
porque no sea deshonrada
hija que tanto queria.
Oidas estas razones,
el buen Conde respondia.
No puedo negar, buen Rey,
lo que la Infanta decia,
sino que es todo verdad
todo cuanto te pedia.
Por miedo de vos, el Rey,
no casé con quien decia,
no pensé que vuestra Alteza
en ello consentiria.
De casarme con la Infanta
yo, Señor, bien casaria,
mas matar á la Condesa,
yo, Señor, eso no haria;
porque no debe morir
la que no lo merecia.
De morir tiene, buen Conde,
por salvar la honra mia,
pues no mirásteis primero
lo que mirar se debia.
Si no muere la Condesa,
á vos costará la vida,
que por honra de los Reyes,
muchos sin culpa morian,
pues que muera la Condesa,
no es muy grande maravilla.
Yo la mataré, buen Rey,
mas no será culpa mia,
vos os avendreis con Dios
en la fin de vuestra vida.

Y prometo á vuestra Alteza,
á fé de Caballería,
que me escriba por traidor,
si lo dicho no cumplia,
de matar á la Condesa,
aunque mal no merecia.
Buen Rey, si me dais licencia,
yo luego me partiria.
Idos con Dios, el buen Conde,
ordenad vuestra partida.
Llorando se parte el Conde,
llorando sin alegría,
llorando por la Condesa,
que mas que á sí la queria.
Lloraba tambien el Conde
por tres hijos que tenia,
el uno era del pecho,
que la Condesa lo cria,
que no queria mamar
de tres amas que tenia,
sino era de su madre,
que muy bien la conocia.
Los otros eran pequeños,
poco sentido tenian;
antes que llegase el Conde
estas razones decia;
¿Quién podrá mirar, Condesa,
vuestra cara de alegría,
que saldreis á recibirme
á la fin de vuestra vida?
Yo soy el triste culpado,
esta culpa toda es mia.
En diciendo estas palabras,

la Condesa ya salia,
que un page le habia dicho
como el Conde ya venia.
Vido la Condesa al Conde
la tristeza que traia,
vióle los ojos llorosos,
y que hinchados los traia
de llorar por el camino
mirando el bien que perdia.
Dijo la Condesa al Conde
Bien vengais, bien de mi vida.
¿Qué teneis, el Conde Alarcos?
¿Por qué llorais, vida mia,
que venís tan demudado,
que cierto no os conocia?
No parece vuestra cara
aquella que ser solia.
Dame parte del enojo,
como dais del alegría,
digidme luego, Conde,
no mateis la vida mia.
Yo vos lo diré, Condesa,
cuando la hora sería.
Si no me lo dices, Conde,
cierto yo rebentaría.
No me fatigueis, Señora,
que no es la hora venida:
cenemos luego, Condesa,
de aquello que en casa habia.
Prevenido está ya, Conde,
como otras veces solia.
Sentóse el Conde á la mesa,
no cenaba, ni podia,

con sus hijos al costado,
que muy mucho los queria.
Echóse sobre los brazos,
hizo como que dormia,
de lágrimas de sus ojos
toda la mesa cubria.
Mirábalo la Condesa,
que la causa no sabia,
no le preguntaba nada,
que no osaba ni podia.
Levantóse luego el Conde,
dijo, que dormir queria,
dijo tambien la Condesa,
que ella tambien dormiria;
mas entre ellos no habia sueño
ni la verdad se decia.
Vánse el Conde, y la Condesa
á dormir como solian,
dejando los niños fuera,
que el Conde no los queria.
Lleváronse el mas chiquito,
el que la Condesa cria;
cerrára el Conde las puertas,
lo que él hacer no solia.
Empezó á hablar el Conde
con dolor, y con mancilla:
¡O desdichada Condesa,
grande fue la tu desdicha!
No soy desdichada, Conde,
por dichosa me tenia,
solo en ser vuestra muger,
esta fue gran dicha mia.
Si bien sabeis, la Condesa,

es vuestra desdicha, y mia.
Sabed, que en tiempo pasado,
yo amé á quien me queria,
la cual era la mi Infanta,
por desdicha vuestra, y mia.
Prometí casar con ella,
y ella de que le placia;
demandóme por marido,
por la fe que me tenia,
púdelo muy bien hacer
de razon, y de justicia,
díjomelo el Rey su padre,
porque de ella lo sabia.
Otra cosa manda el Rey,
que lastima el alma mia;
manda que muerta seais
por la honra de su hija,
que no puede tener honra
siendo vos, Condesa viva.
Desque esto oyó la Condesa
cayó en tierra amortecida;
mas despues en sí tornando
estas palabras decia:
Pago son de mis servicios,
Conde, con que os servia;
si no me matais, ó Conde,
bien os aconsejaría.
Enviadme á las mis tierras,
que mi padre me tenia,
yo criaré vuestros hijos
mejor que la que venia,
y os mantendré lealtad,
como siempre os mantenía.

De morir teneis, Condesa,
antes que venga el día.
Bien parece, Conde Alarcos,
yo ser sola en esta vida,
porque tengo el padre viejo,
mi madre es ya fallecida,
y mataron á mi hermano
el buen Conde Don García,
que el Rey lo mandó matar
por miedo que de él tenía.
No me pesa de mi muerte,
porque yo morir tenía,
mas me pesa de mis hijos,
que pierden mi compañía.
Hacédmelo venir, Conde,
y vereis mi despedida.
No los vereis mas, Condesa,
en días de vuestra vida:
abrazad á este chiquito,
que aqueste es el que pedia:
encomendaos á Dios,
que esto de hacerse tenía.
Dejadme decir, buen Conde,
una oracion que sabia.
Decidla presto, Condesa,
antes que se venga el día.
Presto la habré dicho, Conde,
no estaré un Ave María.
Hincó la rodilla en tierra,
y aquesta oracion decia:
En las tus manos, Señor,
encomiendo el alma mia:
No me juzgueis mis pecados

segun que yo merecia,
mas segun tu gran piedad,
y la tu gracia infinita.
Acabada es ya, buen Conde,
la oracion que yo sabia,
abrazaros quiero, Conde
por el amor que os tenía.
Déisme acá aqueese hijo,
mamarà por despedida;
no le despiertes, Condesa,
dejadle estar, que dormia,
sino os demando perdon
porque ya se viene el día.
A vos yo os perdono, Conde,
por el amor que os tenía;
mas yo no perdono al Rey,
ni aun á la Infanta su hija,
sino que quedan citados
delante la alta Justicia,
que allá vayan á juicio
dentro de los treinta días.
Estas palabras diciendo
el Conde se apercibia,
échale por la garganta
una toca que tenía,
apretò con las dos manos
con la fuerza que tenía,
no le aflojó la garganta
mientras que vida tenía.
Cuando ya la vido el Conde
traspasada, y fallecida,
desnudòle los vestidos,
y la ropa que tenía,

échóla encima la cama,
cubrióla como solía,
desnudóse á su costado
cosa de un Ave María;
levantóse dando voces
á la gente que tenia:
Socorred, mis escuderos,
que la Condesa ya fina.
Hallan la Condesa muerta
los que à socorrer venian.
Así murió la Condesa,

sin razon y sin justicia,
mas tambien todos murieron
antes de los treinta dias.

Los doce dias pasados
la Infanta ya se moria,
el Rey á los veinte y cinco,
el Conde al tercero dia.

Allá fueron á contar
con la Justicia Divina:
acá nos dé Dios su gracia,
y allá la gloria cumplida.

FIN.

SEVILLA:

Imprenta de la Viuda de Caro.